

que acababa de llegar el duque de Buckingham.

Levantóse el rey. — Que apronten una barca, dijo él, y que un destacamento de yeomen * se ponga sobre las armas, por si fuere necesario enviarle á la Torre, como acusado de alta traicion.

— ¿No seria necesario mandar al secretario de estado que labrase un mandato? preguntó el duque de Ormond.

— No, milor, no, respondió el rey secamente: aun espero que podamos evitar este extremo.

* Ciertos guardias del rey en Inglaterra. — *TRAD.*

CAPITULO XI.

Buckingham, duque altanero,
Se vuelve pues circunspecto.
SHAKSPEARE. Ricardo III.

Antes de dar cuenta de la entrevista del duque de Buckingham con su soberano ofendido, debemos contar á nuestros lectores una ó dos circunstancias de importancia secundaria, que ocurrieron en el corto intervalo que pasó yendo el duque desde York-Place hasta Whitehall.

Al tiempo que comenzaron á caminar, se esforzó el duque en inquirir del cortesano cual era la verdadera causa por que se le mandaba presentarse en la corte con tanta premura. Pero Chiffinch se mantuvo firme y se contentó con responder que le parece se trataba de algunas diversiones, á que deseaba el rey asistiese Su Señoría.

No quedó el duque completamente satisfecho con tal respuesta; porque, teniendo en memoria su proyecto temerario, no podia menos de recelar se hubiera descubierto. Despues de algun silencio, dijo de repente: — Chiffinch. ¿Habló vm. con alguno sobre lo que me dijo el rey está mañana con respecto á lady Ana?

— Yo, milor, contestó Chiffinch titubeando, mis deberes para con el rey, mi respeto para con Vuestra Señoría...

— ¿Con que no habló vm. á nadie, replicó el duque, mirándole de hito en hito.

— A... á nadie, respondió débilmente Chiffinch, intimidado por la mirada severa de Buckingham.

— Miente vm. como un gran pícaro, dijo el duque. Vm. habló del caso con Christian.

— Pero, respondió Chiffinch, no conviene olvidar que yo confié á Vuestra Señoría el secreto de Christian sobre la llegada de la condesa de Derby.

— Y ¿vm. piensa que una traicion puede compensarse con otra? No, no. Debe dárseme otra satisfaccion, y le doy á vm. mi palabra de que le hago saltar los sesos antes de salir del coche, si no me dice vm. la verdad en cuanto á este mensage de la corte.

En tanto que Chiffinch titubeaba para responder, se acercó un hombre quien, á la luz de los hachones que por entonces llevaban los lacayos que iban á la trasera y los criados de á pie, podia ver claramente al duque y á Chiffinch en el coche, se acercó á la puertecilla entonando con voz fuerte aquella cancion antigua francesa sobre la batalla de Marignan en la que se imita el aleman afrancesado de los Suizos vencidos.

*Tout est verlore *.
Le tintelore,
Tout est verlore
Bei Gott **.*

— ¡Me han descubierto! dijo para sí el duque, que comprendió al instante era uno de sus fieles agentes quien había cantado estos versos, para instruirle de que la conspiración estaba descubierta. Trató de echarse abajo del coche; pero Chiffinch le retuvo con mano firme, aunque con respeto. — No se pierda Vuestra Señoría por sí mismo, milor, le dijo con una especie de humildad. El coche está cercado de soldados y oficiales de paz encargados de asegurar nuestro arribo á Whitehall, y de oponerse á todo intento de evasión, con que, si Vuestra Señoría apelase á la fuga sería lo mismo que confesarse criminal, y mi parecer es que no se trate intentarla. El rey es amigo de Vuestra Señoría, seálo también suyo Vuestra Señoría.

* De la palabra alemana *verloren* perdido. — Ed.

** Por Dios. — Ed.

— Tiene vm. razón, dijo el duque con un aire sombrío, después de un poco de reflexión; sí, creo que tiene vm. razón. ¿Por qué huiré yo? yo no soy culpable por nada, como no sea por haber enviado, para diversión de la corte, con que hacer una fiesta de pólvora, en lugar de un concierto de música.

— ¿Y el enano que salió de repente de la caja del violon?

— Esto era una idea que se me ocurrió, Chiffinch, respondió el duque, aunque todavía ignoraba esta circunstancia. Pero, Chiffinch me hará vm. un favor que jamás olvidaré, si me permite vm. hablar cuatro palabras con Christian.

— ¡Con Christian, milor! ¿dónde está? Conviene saber que debemos ir vía recta á la corte.

— Ya lo sé, pero creo que no dejaré de hallarle. Vm. no es oficial de paz, señor Chiffinch, no trae vm. ningún mandato por escrito ni para retenerme preso, ni menos impedirme que hable con quien me parezca.

— Es tan fértil el talento de Vuestra Señoría,

milor, encuentra tantos medios para salir de apuros, que nunca causaré perjuicio con toda intencion á un hombre de tantos recursos y popularidad.

— Muy bien pues, no está el asunto tan perdido, dijo el duque.— Dió un silbido, y se presentó al instante Christian junto á la puerta del armero consabido, y fué á la puertecilla del coche.

— *Ganz ist verloren**, dijo el duque.

— Ya lo sé, respondió Christian, y todos nuestros santos amigos se han dispersado al tener esta noticia. Felizmente el coronel y esos pícaros alemanes dieron á tiempo el alarma. Todo está en seguridad; Vuestra Señoría va para la corte, y yo voy detras.

— ¡Vm., Christian! eso seria mas un rasgo de amistad que de prudencia.

— ¿Y por qué? ¿Qué hay contra mí? Yo estoy tan inocente como el niño recién nacido. Lo mismo sucede con Vuestra Señoría. Una sola criatura podria declarar contra nosotros, y me

* Todo perdido. — ED.

lisongeó de hacerla hablar á favor nuestro. Además, que si no fuera yo allá, vendrian á buscarme al momento.

— Sin duda; se hace mencion del espíritu familiar, de quien ya hemos hablado.

— Oiga vm. una palabra.

— Ya lo entiendo y no me detendré mas tiempo, señor Chiffinch; porque debe vm. saber, que él es quien me lleva. ¡Pues bien! Chiffinch, ¡Adelante! ¡bogue la galera! ya me hice á la vela por escollos mas peligrosos que los presentes.

— Eso no lo debo yo juzgar, milor.

— Vuestra Señoría es un capitan atrevido, y Christian es un piloto con la astucia del diablo. Con todo eso yo siempre soy amigo de Vuestra Señoría y me alegraré verle libre de laberintos.

— Déme vm. pues una prueba de su amistad, Chiffinch, diciendo lo que puede saber de la linda morena que Christian llama su espíritu familiar.

— Yo creo que es aquella bailarina que vino á mi casa con Empson el dia en que se eva-

dió la sobrina de Christian. Pero, ¿la vió Vuestra Señoría, milor?

— ¡Yo! ¿Cuándo?

— Creo que es la misma de quien se valió Christian para dar libertad á su sobrina, cuando se vió precisado á dar satisfaccion á su cuñado volviéndole su hija, y viéndose ademas, segun creo, estimulado con el deseo que tenia de jugar una pasada á Vuestra Señoría.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Ya me lo pensaba yo! y no se lo perdono. Pero antes de todo salgamos de este atoladero. ¡Ah! ¡esta maga era su espíritu familiar! ¡ella estaba en la conspiracion para chasquearme! Pero ya estamos en White-Hall. Chiffinch, acuérdate que eres mi amigo; y ahora, Buckingham, muéstrate digno de tí mismo.

Pero antes de que llegue Buckingham á presencia del rey, donde tenia que hacer un papel tan difícil, no será fuera del caso saber donde fué Christian y que hizo luego que se separó del duque.

Despues de haber entrado en la casa por un pasadizo tortuoso que cruzaba por diferentes

patios, y que acababa en una puerta falsa que daba á un callejon oscuro, entró en un cuarto esterado, donde Bridgenorth, al parecer perfectamente sereno, estaba solo leyendo la Biblia á la luz de un veloncito de hierro.

— ¿Puso vm. á los Peveril en libertad? preguntó Christian apresurado.

— Sí, respondió el mayor.

— ¿Y qué seguridad tiene vm. de que no irán á White-Hall para denunciarle?

— Ellos mismos me han hecho voluntariamente promesa de no hacerlo, porque les hice ver se habian dispersado nuestros amigos. Creo que piensan verificarlo mañana por la mañana.

— ¿Y por qué no esta noche?

— Nos dan este tiempo para que nos pongamos en salvo.

— ¿Y por qué no aprovecha vm. el tiempo? ¿Qué hace vm. aquí todavía?

— Y, ¿por qué no ha escapado vm. de aquí? A buen seguro que vm. está tan comprometido como yo.

— Hermano Bridgenorth, yo soy la zorra que tiene mil astucias para engañar á los perros, pero vm. es el gamo sin otro recurso que la ligereza de sus pies. No conviene perder tiempo. Váyase vm. á un pueblo por ahí, ó mas bien póngase á bordo del navío de Zedekiah-Fish, *la Buena Esperanza*, que está en el Támesis pronto para ir al Massachussets. Hágase vm. mañana á la vela, y aléjese de la Inglaterra. Puede vm. llegar á Gravesend con la marea.

— Y dejarle á vm., Christian, para que cuide de mi fortuna y de mi hija. No, no, hermano mio; para esto debia yo encontrar en vm. la confianza que no tengo.

— Haz lo que quieras, loco malicioso, dijo Christian, venciendo el deseo que tenia de usar expresiones mas injuriosas; quédate donde estás, ¡espera que te prendan y te ahorquen!

— El hombre tiene que morir una vez, Christian; esta sentencia es irrevocable. Además, que mi vida no ha sido sino una muerte anticipada. El hacha del guarda bosque ha cortado

mis mejores retoños. El resto debe injertarse en otro arbol y muy lejos de mi viejo tronco. Si la raiz ha de ser cortada por el hacha, no puede sacudirse el golpe demasiado temprano. Me hubiera tenido por feliz, convengo en ello, si hubiese sido llamado para dar un caracter mas puro á la corte libertina, y para librar á los escogidos de Dios del yugo que los oprime. Ese joven, tambien, el hijo de esa mujer rara, que mantiene anudado el único lazo que une á la humanidad mi espíritu fatigado, ¡cuánto hubiera yo dado por empeñarle en la buena causa! Pero ya desapareció esta esperanza con todas las demas y para siempre; con que no siendo yo ni mereciendo ser digno instrumento de tan grande empresa, apetezco muy poco quedarme mucho tiempo en este valle de lágrimas.

— A Dios, pues, loco desanimado, dijo Christian, quien, con toda su serenidad no pudo ya disimular el desprecio en que tenia al viejo *predestinacionario*, que tan fácilmente se resignaba en perder toda esperanza.

— ¡Debe haberme puesto trabas el destino con tales confederados! dijo por lo bajo al de-

jar á su cuñado. ¡Este fanático! ¡este insensato! es imposible que pueda yo por ahora sacar de él partido alguno. Me precisa ir á buscar á Zarah. Ella sola es quien puede salvarnos en tantos escollos. Si logro dominar su genio porfiado, y excitar su vanidad, su destreza, la parcialidad del rey para con el duque, la desvergüenza sin ejemplo de Buckingham, y mi mano en el timon, aun podremos escapar de la tormenta; pero no consiste solo en obrar, es necesario hacerlo con prontitud.

Halló en otro cuarto á la persona que necesitaba; aquella que se habia introducido en el harem del duque de Buckingham, donde Adelaida estaba como arrestada y que logró librarla quedándose en su lugar, segun lo habemos dicho, ó mas bien dado á entender. Estaba entonces vestida con mas sencillez que cuando habia burlado al duque; pero todavía conservaba su trage algo de oriental que caia grandemente con su color un poco moreno y ojos vivos. Aplicábase á los ojos un pañuelo cuando se presentó Christian; pero, tan luego como le alcanzó á ver, le retiró y le dirigió una mirada

de indignacion y desprecio preguntándole al mismo tiempo, qué motivo tenia para presentarse donde ni era esperado ni deseado.

— ¡Bonita pregunta de una esclava á su dueño! dijo Christian.

— Diga vm. mas bien que es conveniente, la mas propia de una señora, para con su esclavo. ¿No sabe vm. que me ha hecho señora y árbitro de su destino, desde el momento en que me ha dado á conocer de lleno toda su bajeza? En tanto que me ha parecido vm. el demonio de la venganza, disponia vm. del terror para mandar y salió con su intento. Pero un malvado como vm. se ha mostrado á mis ojos poco ha, un bellaco infame inspirado por el espíritu maligno, un alma sórdida abismada en el camino de la perdicion, nunca puede lograr sino el mas alto desprecio de un corazon como el mio.

— ¡Bien hablado! dijo Christian, ¡y con el acento correspondiente!

— Sí, alguna vez puedo hablar. Alguna vez puedo callar, y nadie lo sabe mejor que vm.

— Vm. es una niña mimada, Zarah, y abusa

de mi indulgencia para entregarse á su genio fantástico. Tiene vm. la cabeza desarreglada desde que ha llegado á Inglaterra, y todo por la pasión que tiene vm. á un joven que hace tanto caso de vm. como de la última de las aventureras con quienes la dejó á vm. plantada para reñir en defensa de la que prefiere á vm.

— Eso no importa, dijo Zarah luchando abiertamente contra una viva emoción; nada importa que á otra me prefiera. No hay nadie, no, nadie que le haya amado y pueda amarle mas que yo.

— Me compadezco de vm., Zarah, dijo Christian con cierto desprecio.

— Yo merezco su compasión, pero vm. no merece que yo la acepte. A quien debo yo culpar por todos mis males sino á vm. Me ha educado vm. en la sed de la venganza antes de saber que el bien y el mal eran algo mas que palabras. He sufrido por años enteros una penitencia, que mas de mil no hubieran querido hacer, para merecer me dispensara vm. sus elogios, y saciar una vanidad excitada por vm.

— Mil, ¡Zarah! ni aunque diga vm. cien mil, un millon. No hay en la tierra una criatura, que siendo una simple muger, hubiera podido soportar la centésima parte del sacrificio que se le impuso á vm.

— Yo lo creo, dijo Zarah con altivez; si, yo lo creo; he pasado por una prueba que pocos hubieran podido resistir. He renunciado el dulce comercio que resulta de comunicar con mi propia raza; he forzado mi lengua, para que no hablara mas que las palabras que habia oido, como un espía cobarde. Esto es lo que yo he practicado por años enteros. Sí, por años enteros, y todo esto para merecer los elogios que vm. hacia de mi, y todo esto para satisfacer una venganza inhumana contra una muger que, si ha hecho mal en ordenar la muerte de mi padre, ha sido cruelmente castigada por ello, alimentando en su seno una serpiente, con los dientes venenosos de la vivora, no siendo sorda.

— ¡Bien! ¡muy bien! ¡grandemente! Pero no ha tenido vm. su recompensa en mi aprobación, en el conocimiento íntimo de su destre-